



## Capítulo 572: Vamos, chico molesto.

El amanecer era silencioso, oscurecido sólo por la pálida luz de la luna infernal que se filtraba a través de las cortinas. Virgilio yacía, con el pecho desnudo cubierto por sábanas despeinadas, rodeado de tres presencias que, juntas, eran la definición de paz y caos: Katharina, Ada y Roxanne.

Katharina, la más cercana, apoyó su cabeza sobre su pecho y su dedo trazó círculos perezosos sobre su piel. Ada estaba al otro lado, apoyada en su codo, observándolo con la mirada analítica de alguien que nunca dejaba de calcular posibilidades, ni siquiera en la cama. Roxanne, con su cabello dorado extendido sobre las sábanas, tenía las piernas entrelazadas con las de él, como si intentara marcar su territorio incluso mientras dormía.

El silencio duró poco.

"Entonces..." Katharina comenzó, con un tono lento, casi demasiado empalagoso para ser inocente. "A ver si entiendo bien..."

Vergil levantó una ceja, anticipando ya la confusión.

"Wukong," continuó, levantando la cabeza, "el Rey Mono decidió aparecer ante ti... ¿transformada en una rubia sexy?"

La forma en que dijo "rubia caliente" estaba llena de veneno.

Vergil suspiró, mirando hacia el techo. "Fue una transformación temporal. Dijo que se adaptó a la situación."



"¿Adaptado a la situación?" Ada repitió, frunciendo el ceño. "Interesant. Una forma de empatía... o manipulación."

Roxanne, que hasta entonces parecía tranquila, se enderezó y cruzó los brazos, con los ojos parpadeando. "Quiero saber por qué tenía que ser rubio."

Katharina ya estaba sentada, resoplando. "¡Voy a matar a ese maldito mono!"

Ada se rió, apoyando la barbilla en la mano. "Ah, cierto, porque eres tan tranquilo y racional cuando estás celoso."

"¡Cállate, Ada!" Katharina gruñó. "¡Podría haberse convertido en cualquier cosa!" Un cuervo, una nube, un viejo demonio... ¡pero no! ¡Se convierte en una... una... perra rubia!"

Roxanne se rió. "¡Oye, oye, oye! Seamos indulgentes con el vocabulario." Sacó un mechón de su propio cabello dorado y lo sostuvo frente a la cara del otro. "Soy la única rubia aquí, y si hay más, las arrancaré una por una."

Katharina se volvió hacia ella con una mirada de pura amenaza. "¡Oh, no empieces!"

Virgilio ya se cubría el rostro con la mano, intentando contener la risa. "¿De verdad estás peleando por un mono mágico de mil años?"

"¡Se convirtió en una MUJER HERMOSA!" Roxanne y Katharina dijeron juntas, indignadas.

Ada negó con la cabeza y renunció. "Honestamente, no me sorprende."



Se giró y miró directamente a Virgilio, con los ojos entrecerrados, analizando cada una de sus expresiones. "¿Y tú?"

"¿Yo qué?"

"¿Qué te pareció eso?" Ada preguntó, con ese tono burlón de alguien que ya sabía la respuesta pero quería escuchar la vergüenza.

Virgilio volvió su rostro hacia ella y respondió con calma: "Me pareció... curioso."

Roxanne resopló. "'Curioso'? Esa es la palabra que usas cuando algo te interesa."

"No lo dije así." Vergil se rió y apoyó la cabeza contra la almohada. "Pero sí, fue... incómodo."

Katharina arqueó las cejas. "¿Incómodo?"

"Sí." Se giró ligeramente, mirando el techo. "Porque lo he conocido antes. Su forma original. El verdadero Wukong."

La expresión de Virgilio cambió ligeramente, en algún punto entre el respeto y la incomodidad.

"Aquel ser que se enfrentó a todo el cielo, que desafió a Buda, que se enfrentó solo a los ejércitos divinos. Y luego..." soltó una pequeña risa sin humor. "Aparece ante mí... transformado en rubio, con las piernas cruzadas, sonriendo como si fuera una broma."



Ada apoyó la barbilla en su mano, pensativa. "Es... una forma peculiar de poner a prueba tus límites."

"¿Límites?" Roxanne se burló. "¡Eso es una provocación flagrante!"

Katharina se quejó, "¡Debería poner a prueba sus límites antes de que le arranque la cola a ese mono travieso!"

Vergil se volvió hacia ella, con una media sonrisa en su rostro. "Aprecio la preocupación, Katharina, pero dudo que le importe."

Ella entrecerró los ojos y cruzó los brazos. "Oh, chiar? Bueno, me importa."

Ada se rió, su tono bajo y suave. "Qué bonito. Nuestra pequeña Katharina lista para ir a la guerra contra el Sabio Igual a los Cielos por una mirada."

Katharina se volvió hacia ella y sus ojos brillaban de furia. "Cállate, Ada, antes de que te meta esta pluma de cálculo—"

"Chicas," Vergil interrumpió, con la voz tranquila, pero con un peso que silenció a las tres por un segundo. Se levantó ligeramente, apoyado en los codos, con los ojos deambulando por cada uno de ellos. "Escuchar."

El silencio se hizo denso.

"Wukong es impredecible. Siempre lo ha sido. Él transforma, adapta, provoca... es su naturaleza." Virgilio hizo una pausa. "Pero incluso si apareciera ante mí como la mujer más bella, el ser más tentador, nunca lo tocaría."

Katharina arqueó una ceja de manera sospechosa. "Never'?"



"Nunca," repitió Virgilio con firmeza. "Él es el Gran Sabio Igual a los Cielos. Lo que significa que meterse con él sería como intentar besar una bomba a punto de explotar. Y antes se presentó como hombre. No me sacaré eso de la cabeza."

Roxanne se mordió el labio, todavía un poco malhumorada. "¿Es eso... una metáfora?"

Vergil sonrió. "Es una advertencia."

Ada soltó una risa ligera. "Al menos tiene sentido común."

Katharina se recostó sobre su pecho, todavía quejándose. "Sigo pensando que debería arrancarle la cola a ese mono."

"Por supuesto que sí", bromeó Roxanne, alisándose el cabello. "Pero sé que no tiene tiempo para rubias falsas..."

Virgilio se volvió hacia ella, divertido. "¿Rubias falsas?"

Ella guiñó un ojo. "Soy el original."

Ada suspiró y puso los ojos en blanco. "Ustedes dos pelearán hasta el fin de los tiempos."

Vergil se rió y finalmente se relajó. "Y por eso me gustas. Ningún dios, mono o rubia celestial puede competir con mis hermosas esposas."



Los tres se miraron— y por un momento, los celos dieron paso a una sonrisa compartida.

Katharina resopló, pero se apoyó contra su pecho. Roxanne lo abrazó por detrás, envolviendo sus piernas alrededor de las suyas. Ada simplemente suspiró, se instaló en el otro lado y murmuró algo sobre "relaciones irracionales pero estadísticamente satisfactorias"

La risa de Virgilio resonó suavemente, amortiguada por el sonido de sus respiraciones mezcladas.

...

La tarde era tranquila —o al menos el tipo de tranquilidad que Viviane rara vez lograba mantener durante más de cinco minutos cuando vivía con Vergil.



Ella aspiró la sala de estar, tarareando suavemente una antigua canción infernal, una de aquellas cuyos orígenes ya nadie podía recordar. El sonido del motor ahogó al mundo y el olor a incienso de azufre mezclado con el perfume floral que agitaba por la casa creó una extraña armonía.

El suelo brillaba, los muebles finalmente estaban libres del polvo infernal que insistía en parecer como si el lugar respirara por sí solo.

Viviane hizo una pausa por un momento, dejó la aspiradora y miró al techo.

"Finalmente... paz," murmuró, cerrando los ojos.

Y, como si el universo la hubiera oído y decidido burlarse de ella, sonó el timbre.



Ding-dong.

Viviane se congeló.

El timbre volvió a sonar, esta vez con más insistencia.

¡Ding-dong! ¡Ding-dong!

"¡Oh, diablos!" Ella resopló y apagó la aspiradora en un instante. "¿Quién toca esa maldita cosa así?"

Caminó hacia la puerta, alisándose rápidamente la falda y el cabello, con el paño de limpieza todavía colgado sobre su hombro.

Ella abrió la puerta.

Y el mundo se quedó en silencio.

Allí estaba Amón.

En todo su esplendor y peso.

El aire pareció contraerse en el instante en que él la miró fijamente. Los cuernos dorados, el pelaje oscuro que parecía hecho de sombras sólidas, la mirada que ardía como un horno silencioso. Y, por supuesto, su expresión característica—la de alguien que estaba a un segundo de prenderle fuego a alguien por impaciencia.



Viviane parpadeó dos veces, la tela todavía colgaba sobre su hombro y la aspiradora detrás de ella emitía un zumbido bajo mientras su motor disminuía la velocidad.

"...Ah."

Amon arqueó una ceja.

"¿Está Vergil aquí?"

Viviane tardó un segundo en procesarlo. "Yo... oh, sí, pero..." Ella miró rápidamente hacia adentro, como si esperara encontrar ayuda entre los cojines perfectamente dispuestos. "¿Quieres... dejar un mensaje?"

Amon simplemente la miró fijamente.

Era una mirada pesada, del tipo que podía penetrar paredes y testamentos.

"Viviane." "Hei!" dijo, su tono bajo y firme, su voz como un trueno reprimido.  
"Llama a Vergil. Ahora."

Viviane sintió que un escalofrío la recorría. Su tono no era enojado, pero sí apresurado— y Amon nunca mostró ninguna prisa.

Ella trató de sonreír nerviosamente. "Está bien, está bien... claro... sólo un minuto."

Cerró la puerta hasta la mitad, girándose para mirar hacia el pasillo. "¡Vergill!"  
Ella gritó a todo pulmón. "Vergil, itu 'jefe' está aquí! ¡Y parece enojado!"



Amón cruzó los brazos, suspirando pesadamente, y el sonido resonó como un viento caliente.

Desde dentro, un accidente.

Una pausa.

Luego, pasos lentos y una voz ronca murmurando:

"No tengo jefe."

Viviane puso los ojos en blanco. "Dile eso."



Vergil apareció en el pasillo unos segundos después, con el pelo un poco despeinado y la expresión somnolienta, revelando lo mucho que no quería estar despierto todavía. Llevaba sólo pantalones oscuros y una camisa abierta, y sostenía una taza de café humeante.

"¿Y ahora qué...?" preguntó bostezando.

Entonces vio a Amón parado en la puerta.

El bostezo murió instantáneamente.

"Oh." Virgilio parpadeó y se le formó una pequeña sonrisa en la comisura de la boca. "El propio Arconte. Qué honor."



Amón entrecerró los ojos. "Ahórrame la ironía. Tenemos que irnos."

"¿Adónde exactamente?" Vergil preguntó, tomando un sorbo tranquilo de su café. "Porque si esta es otra de esas 'reuniones de emergencia del Consejo', puedes tacharme."

"Cállate, busquemos a tu compañero de torneo. No puedo esperar para tratar contigo, pequeño rey molesto."

